

# EL FLAUTISTA DE HAMELÍN



Érase una vez una pequeña y encantadora ciudad llamada Hamelín. Rodeada de montañas y con un caudaloso río que la cruzaba, Hamelín era una ciudad tranquila y apacible.

Pero, un día, una terrible plaga de ratas se apoderó de ella; toda la ciudad se llenó de miles de ratas. Metían sus sucios hocicos en todas las despensas, corrían por pasillos y habitaciones, roían muebles y vestidos, y husmeaban en los pucheros. La vida en Hamelín se había hecho insostenible.

—*¡Hay que hacer algo! No podemos vivir así... ¡Esto es espantoso!* —se quejaban los vecinos.

—*¡Oh, qué asco! ¡Fuera, ratas!*

—*¡Las ratas acabaron con nuestra despensa!!*

—*Vayamos a ver al alcalde. Tiene que haber una solución* —propuso una vecina.

Pero el alcalde estaba desesperado y no sabía muy bien qué hacer. Finalmente, proclamó un edicto en el que ofrecía una buena recompensa a quien acabara con las ratas.

—*Por orden del señor alcalde, se hace saber que aquel que consiga liberar a Hamelín de las ratas para siempre recibirá una bolsa repleta de monedas de oro.*

Y el edicto se colgó en todos los rincones de Hamelín y de las ciudades vecinas, a la espera de que alguien supiera cómo liberar la ciudad de las ratas.

Un día, un joven flautista de aspecto un tanto extraño llegó a Hamelín. Era alto, muy alto, y tremendamente delgado. Tenía el pelo rubio, liso y largo hasta los hombros. Sus ojos eran muy pequeños y muy azules, y sus dedos no dejaban de tamborilear. Vestido con una larga capa, un pantalón y una camisa ancha, llevaba colgada del cuello una flauta de madera. El joven se dirigió a la casa del alcalde.





—Quiero ver al alcalde.

—Yo soy. ¿Quién pregunta por mí?

—Eso no tiene importancia. He venido a librarles de las ratas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo piensa usted librarlos de tan incómodos vecinos? —Una rata

se paseó por la mesa del alcalde—. ¡Baja de mi mesa, rata asquerosa!

—Cómo lo haga es cosa mía. Pero, dígame, alcalde, ¿me dará la bolsa de monedas si hago desaparecer las ratas de Hamelín?

—Cuente con ello. Y, más aún: le pondré su nombre a una plaza. Palabra de alcalde.

Ya en la calle, el flautista se dirigió al centro de la plaza. Acercó la flauta a sus labios y... El flautista se detuvo a escuchar... Silencio. **Tocó otra vez.** Entonces, un cierto rumor, como una lejana marabunta, comenzó a oírse. El flautista sonrió y comenzó a tocar.

De pronto, aquel rumor fue cada vez más fuerte y, poco a poco, las calles de la ciudad se inundaron de ratas que salían de las casas. Por ventanas, puertas, balcones, chimeneas, desagües y patios, aparecieron ratas grandes, otras más pequeñas y hasta ratoncitos minúsculos. Hipnotizadas por las notas que salían de la flauta de aquel extraño joven, las ratas se congregaron a su alrededor.

—¿Ves eso? El flautista está reuniendo a las ratas... —murmuraron los vecinos.

—¡No puedo creer lo que ven mis ojos! ¡Es increíble!

El flautista comenzó a caminar sin dejar de tocar su misteriosa melodía. Las ratas, hechizadas, bailaban y corrían tras él. Con el flautista a la cabeza y las ratas pisándole los talones, la misteriosa comitiva enfiló las calles de Hamelín, dirigiéndose al río.

Una vez allí, el flautista se adentró en sus aguas sin parar de tocar. Y, cuando el río de Hamelín se tragó hasta la última de las ratas, el flautista dejó de tocar.

Rodeado de vecinos que coreaban su nombre y lo aplaudían, el flautista se presentó de nuevo en casa del alcalde.

—Vengo por lo que es mío.

—¿Por lo que es tuyo?

—La bolsa de monedas. El edicto lo decía claramente: «Quien libere a Hamelín...» —repitió con voz deregonero.

—Ya, ya... —le interrumpió el alcalde—. Verás... Gastamos todo el dinero intentando librarlos de la plaga de ratas. Las arcas públicas están vacías y..., además..., yo diría que tampoco te costó mucho, ¿no? Tres toques de flauta... Eso lo hace cualquiera.

El flautista no dijo nada. Miró fijamente al alcalde, se dio media vuelta y se marchó.

Pero, una vez en el centro de la plaza, se acercó la flauta a los labios y comenzó a tocar una maravillosa melodía.

Las puertas y ventanas de la ciudad se abrieron. Todos los vecinos querían saber de dónde procedían aquellas mágicas notas. De repente, los niños se dirigieron hacia la plaza como embrujados.

Sonreían, bailaban...; todos caminaban en la misma dirección. Sus padres estaban desconcertados.

—Hijo, detente. ¿A dónde vas?

—Eh, pequeña, no salgas a la calle. Puedes escuchar la música desde la ventana.

Pero los pequeños no hacían caso. Hechizados por aquellas notas, se congregaron alrededor del flautista, que, de inmediato, emprendió la marcha. El flautista caminaba y tocaba sin parar, y el tropel de niños lo seguía batiendo palmas, riendo y correteando, sin hacer caso a sus padres. Solo obedecían la melodía de aquella flauta mágica. Cuando los vecinos vieron a los niños salir de la ciudad, se llevaron las manos a la cabeza.

—¿A dónde se los lleva?

—¿Qué querrá el flautista de los niños?

—Preguntémosle al alcalde... Esta mañana estuvo en su casa.

—¡Alcalde, alcalde!! ¡El flautista se lleva a los niños!

Encontraron al alcalde muy preocupado y sin saber qué decir. Cuando por fin les confesó lo que había ocurrido, los vecinos le hicieron ver que un trato era un trato y que las promesas debían cumplirse. Entonces, el alcalde se puso manos a la obra: preparó la bolsa de monedas y llamó al mejor de sus consejeros.

—Date prisa y ve tras ellos. Dale esta bolsa al flautista y, por lo que más quieras, trae a los niños sanos y salvos.

El consejero reunió a unos cuantos vecinos y todos marcharon velozmente a caballo.

Al cabo de tres días, Hamelín no era ni la sombra de lo que había sido. El silencio de las calles, apenas roto por el batir del viento o por el llanto de una madre desconsolada, era estremecedor. No había noticias de los niños y nada se sabía tampoco de la cuadrilla que salió a buscarlos. El alcalde, abatido, redactaba su renuncia al cargo y preparaba sus cosas para partir, cuando de pronto, algo comenzó a oírse a lo lejos. Una joven vio desde su ventana una marabunta de chiquillos que corría enloquecida hacia la ciudad...

—¡Son ellos! ¡Vuelven nuestros hijos! —anunció a todos los vecinos.

—¡Gracias a Dios! ¡Qué alegría! ¡Hija, hija...! ¿Estás bien?

—¡Mi amor, qué bien que estás aquí de nuevo!

Inmensamente felices, padres e hijos se abrazaban, se besaban, reían, lloraban... La tristeza que había vestido la ciudad cambió por completo. Hamelín nunca más volvió a ser una ciudad silenciosa... Únicamente, claro está, a la hora de dormir. ¡Ah!, ¿y las ratas? Ni una a cien kilómetros a la redonda. Los únicos que no estaban muy contentos con aquello eran los gatos, pero esa es otra historia.

